EL PORTERO ES EL CULPABLE.

(19

EL PORTERO ES EL CULPABLE,

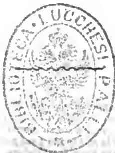
JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON JUAN CATALINA.

Representada con extraordinario aplauso en el teatro del Príncipe el 11 de Enero de 1860, á beneficio del primer actor D. Juan Catalina.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.



PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA DEL ROMERAL.	DOÑA JOSEFA PALMA.
LUISA	DOÑA ADELAIDA ZAPATERO.
LEONCIO..................	D. JUAN CATALINA.

ACTO ÚNICO.

Un salon. puertas practicables al fondo y laterales: chimenea sobre la cual arden dos lámparas: moebles elegantes: secreter á la derecha del actor y sillones á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, LA CONDESA.

LUISA. (Al foro.) Está bien, señor Baron; muy bien: pierda usia cuidado, se entregará su tarjeta. ¡Cuánto vá á sentir la señora no haber estado en casa! Servidora de usia. Muchas gracias.

COND. (Entreabriendo la puerta de la izquierda.) ¿Se ha marchado?

LUISA. Si, señora, ya vá por la escalera. Tome usia. (Entregándola una tarjeta.)

COND. Un aspirante de los doce que me asedian, y que solo consigue... fastidiarme como sus once compañeros.

LUISA. Eso no es extraño, señora. Un miembro de la Academia de ciencias... Si fuese el señor de Ramirez...

COND. ¡Huy! no me lo nombres: un pollo...

LUISA. ¡Oh! pero es de una gran familia.

COND. ¡Ay, no! calla. Ese hombre me recordaria cada cinco minutos á mi difunto el buen conde.

LUISA. Pero, señora, si el señor conde era mucho mas feo, y mas viejo.

COND. (Con severidad.) ¡Luisa!

LUISA. ¡Ah! Perdone usia, señora. Me habia olvidado de que usia encuentra encantador al señor conde desde que se murió.

COND. Mi esposo era un hombre muy amable cuando el pobre no tenia el ataque de gota.

LUISA. Si: y como no le tenia mas que seis veces por semana... Pero en fin, lo cierto es que se murió; y que la señora ha quedado viuda; siendo tan jóven, tan linda y tan rica... tres preciosas cualidades...

COND. ¡Tres grandes defectos, Luisa mia!

LUISA. ¡Ah, no comprendo!...

COND. Soy viuda, pero el mundo me obliga á contraer segundas nupcias.

LUISA. ¡Ya! ¿Con que el mundo?...

COND. Si. La posicion de una viuda es tan equívoca... Soy rica, es verdad; pero por esta misma razon estoy segura de que nadie me querrá mas que por mi fortuna.

LUISA. ¡Vaya!

COND. Dicen, y tú la primera, que no soy fea.

LUISA. No: yo digo que usia es linda, ¡muy linda!

COND. Y bien. Aun cuando eso fuese cierto. ¿De qué me sirve, si no puedo agradar á quien quisiera?

LUISA. ¡No entiendo!

COND. Supon, por ejemplo, que yo haya encontrado, visto por casualidad en el paseo, en el teatro, un hombre, cuya figura, cuyas maneras me agradan...

LUISA. Si, si señora, comprendo; uno de esos hombres que al mirarlos por primera vez, se dice: ¡ay qué guapo! Ya, ya me ha sucedido á mí eso mismo. ¡Pícaro! un tambor mayor era, ¡mas buen mozo!! ¡Ay! perdone usia.

COND. Pues bien: antes de aceptar sus homenajes, ni aun los mas ligeros, es preciso saber quién es, qué hace, etc... que se tomen, en fin, informes...

LUISA. Justo. Como cuando usia recibe un cochero ó una doncella.

COND. Pero como yo no soy libre... Como me debo al mundo... no puedo dar un paso del cual se escandalizarian las gentes. Y si una pasa desapercibida para aquel hombre, lo que sucede casi siempre...

LUISA. ¡Ay! ¡no me pasó á mí eso con aquel pícaro gastador!.. ¿Querrá usia creer que?... ¡Ay! ¡perdone usia; soy una

local Pero si; tiene usia razon. ¡El mundo! ¡Oh! ¡el mundo! ¿Por qué no hemos nosotras de tener libertad para... ¡Esto es horrible!!

COND. ¡Si, horrible! Es cierto. Y luego dirán: ¡si usted es rica! ¡Ya! ¡Yo soy rica! ¡Infame palabra! ¡Oh, es una verdadera enfermedad el ser rica!

LUISA. ¡Si, si señora; solo que es una lástima que no sea contagiosa!

COND. ¿Y cómo salir de esta situacion? ¿Cómo atraer, ni cómo encontrar al hombre que ha conseguido con una sola mirada conquistar todo mi amor?

LUISA. ¡Ya, con que ha sido un escopetazo... una especie de telégrama!... ¿Y está usia segura de que le ama? Mire usia, señora, que á veces se lleva una unos chascos con los hombres... Me acuerdo de un cirujano-sangrador, que vivia en...

COND. ¡Cómo, Luisa!...

LUISA. No, si no hablo de mí. Me referia á un chasco que le pasó á una prima... ¡porque los hombres, ya, ya! Y si por casualidad fuese algun fátuo, algun títere... porque sin tratar á las gentes...

COND. No: le ví en el teatro de la Zarzuela...

LUISA. ¡Ah! Entonces ya no he dicho nada.

COND. Una sola noche: un aire tan natural, sin afectacion, una elegancia... tan sencilla... un aire de bondad y de candor ingénuo...

LUISA. Si, como una colegiala.

COND. ¡No le he vuelto á ver: ya ves qué posicion!

LUISA. ¡Espantosa! Y mas estando para casarse con el señor de Monteblanco, un rico banquero.

COND. ¡Quieres callar! ¡Yo casarme!

LUISA. Sin embargo, de los doce pretendientes es el que mas distingue la señora. Y lo que es él, estoy segura de que lo dá por hecho. El otro dia me ofreció un buen regalo el dia que le llamase «señor amo.»

COND. Le he dejado concebir esperanzas, es cierto; pero por hacer algo solamente. Su trato me fastidia; un respeto, unos modales tan estudiados, una etiqueta tan cumplida... luego no parece que se ocupa mucho de su pretension en estos últimos dias; pues en los ocho que hace que vine á habitar esta casa, solo una vez se ha presentado: y aun en esa, estaba como inquieto y desean-

do dejarme...

LUISA. Si. Y su criado Andrés estaba abajo mientras tanto de centinela.

COND. ¿Cómo de centinela?

LUISA. ¿La señora me permite que divulgue un secreto?

COND. ¿Hay secreto? Habla, habla, soy mujer...

LUISA. Salí esta tarde... digo, no; al abrir la puerta, no sé á quién, vi á Andrés que bajaba la escalera...

COND. ¿De dónde?

LUISA. Del piso segundo.

COND. ¿Y qué?

LUISA. Somos conocidos antiguos, y he procurado sonsacarle. Sepa usía que el señor de Monteblanco visitaba esta casa con bastante frecuencia, antes que viniesemos á habitarla...

COND. ¿Cómo... aqui?... Es decir, ¿en el piso segundo?

LUISA. Si, en el segundo, ó por mejor decir en el tercero; porque el entresuelo es bien alto: Pero, en fin, en el cuarto encimita de este vive una cierta señora Sopranini, que ha sido comprimaria en el Teatro Real... y que tiene una voz...

COND. Si, si, ya sé. Bien se la oye reir todo el dia, haciendo coro á otras, entre las cuales pudiera ser muy bien que se hallase la de mi pretendiente el banquero. ¿Con que él viene...

LUISA. No sé si es á reir á lo que viene arriba el señor de Monteblanco; pero es lo cierto que él visita esa casa muy á menudo... Y ahora me explico yo los malos informes que el señor de Monteblanco dió á usia de este barrio, y en particular de esta calle.

COND. ¿Cómo?

LUISA. Si. ¿No recuerda la señora lo que dijo el dia que usia le anunció su resolucion de mudarse? ¿Los robos, que decia se cometian por aqui tan á menudo, lo mal miradas que eran las gentes que habitaban por estas calles?...

COND. Si, es verdad; recuerdo que me dijo: «¡Oh, toda una Condesa del Romeral, el prototipo del buen tono... ir á instalarse en ese barrio! ¡Oh, señora! Ese no es su sitio de usted...» ¡Ya comprendo!... ¡Es el suyo! ¡Bien, muy bien! ¡Oh, los hombres, los maridos!..... ¡Ya lo ves!... ¡Un hombre tan grave, tan doctoral, que siempre habla en axioma, cuya corbata no tiene jamás un

pliegue, y cuya conversacion es como su corbata!..... Pues bien, yo apostaria á que en casa de la vecina pierde toda su formalidad y se vuelve alegre, chancero... Si, si, esas mujeres tienen mucha más suerte que nosotras. Con ellas los hombres te despojan de la dura y áspera corteza de su cortesania y gravedad, y se muestran tal como son. ¡Hay momentos, Luisa, en que me pesa no ser siquiera por media hora una señora Sopranini!!

LUISA. Lo que veo en esto, señora, es que no se separa usia ni un ápice de la regla general. Hace un momento despreciaba usia altamente el amor del banquero. Basta que sepa que visita el piso tercero para que quiera convertirse por media hora en comprimaria de la ópera.

COND. ¡Oh, qué necia eres! No comprendes lo que te digo. Déjame. (Váse.)

ESCENA II.

LUISA sola.

Pero, señora... ¡Oh, qué pesada tarea es la de criada de confianza de una gran señora! Y eso que la pobre es bien desgraciada....—porque no tiene mi genio... que lo que es yo... Verdad es que la Condesa es viuda, y una viuda es asi como si dijeramos un cuarto desalquilado... (Campanilla dentro.) Calla, una visita; si siquiera la pusiese de buen humor...

ESCENA III.

LUISA, LEONCIO.

LEON. (Dentro.) ¡No seas estúpido! te digo que soy de casa, ó casi lo mismo. Vengo de parte del señor Monteblanco. ¿Me entiendes?

LUISA. ¿Del banquero? ¡Vaya!... Por aqui, caballero, pase usted.

LEON. Gracias, hija. Anda, avisa á tu señora, que deseo hablarla. Ya sabes de parte de quién.

LUISA. Si. ¿Pero quién le diré á mi señora?...

LEON. No: mi nombre no hace al caso, me llamo Fulano.. anda.

LUISA. ¡Ah! ¿El señor de Fulano? ¡Bonito nombre! En fin, viniendo de parte del señor de Monteblanco...

LEON. Justito. No hace falta mas... ¡Corre, muchacha! (*Váse Luisa.*)

ESCENA IV.

LEONCIO.

Es graciosilla la... doncella. Y esto es de buen agüero. (*Se sienta.*) ¡Pues, señor, estoy encargado de una mision muy difícil! Pero, en fin, entre compañeros de colegio no hay sacrificio que no deba uno... Hace una hora me hallaba yo frente á frente con mi amigo Monteblanco devorando un estupendo *diner* de á diez pesetas por barba, en el aristocrático Cisne... No comprendo la aristocracia mas que en la mesa. ¡Sobre todo la inglesa! ¡Cuando me veo frente de un *faisan truffe*, regado con abundantes tragos de dorado Rhin, entonces soy aristócrata hasta la médula de los huesos! ¡Sobre todo, si luego tienen que llevarme entre cuatro á la cama!... Pues señor, de recuerdo en recuerdo y de confianza en confianza, llegamos al presente, y como mi amigo parecia escucharme con interés, y compadecer mi angustiosa situacion, le lancé á quema-ropa esta insidiosa proposicion. —Mi querido compañero, la felicidad de toda mi vida está en tu mano. Tengo la certeza de adquirir la blanca idem de una ninfa aérea desconocida, á quien no he hablado mas que una vez, pero que ha conseguido trastornar completamente mi juicio; en el momento en que me vea poseedor de una suma de treinta mil reales, con los cuales pienso establecer, en grande, una especulacion en la remolacha, á que sabes soy tan aficionado. La dicha hada, hechicera y fantástica, me ha asegurado su posesion en el momento en que pueda ofrecerla una posicion menos vaporosa que la mia de jefe de tren en el ferro-carril de Jetafe. He dicho. ¿Puedes prestarme esa friolera y entraremos á medias en el negocio?—Convenidos, con una condicion.—¿Cuál?—Vas á hacerme á tu vez un pequeño favor. ¡Me hallo á punto de ser es-

poso de la mas encantadora de todas las viudas! De la condesa del Romeral. Pero antes de que llegue tan suspirado momento me es indispensable retirar de manos de la Sopranini, ¿ya sabes?—Perfectamente, no la he visto en mi vida, pero ya sé tus amores...—Retirar de manos de la Sopranini una correspondencia asaz comprometedora. Acepta esta mision diplomática, para la cual emplearás toda la fuerza de tus argumentos y estos cuatro billetes de á mil reales, que serán el mas poderoso de todos, y mañana arreglamos tu negocio. La susodicha ninfa vive calle del Piamonte al lado de la botica, etc. Llego, pregunto al portero: segundo piso, me grita... Subo y no hay mas, aqui estoy... Lo malo es que no he pensado en el discurso... ¡Diablo! ¡Ella es!

ESCENA V.

LEONCIO, LA CONDESA.

LEON. Señora...

COND. ¿Caballero... viene usted de parte del señor de Monteblanco á... (¡Dios mio!)

LEON. (Con desenfado.) Si, señora.

COND. Hace muchos dias que no he tenido el gusto de verle por aqui... (¡Si! él es!) ¿Estará enfermo por desgracia?

LEON. Nada de eso, amiga mia. Está gordo... y... ya vé usted, vá á casarse...

COND. Si él piensa en eso, me parece que debia ser una razon mas para venir...

LEON. Usted es encantadora, señora, es cierto; pero, hija, en cuanto á la casaca... ¡já, já!...

COND. (Séria.) ¡Qué!... Caballero, ¿en qué puedo servir á usted?

LEON. Nada mas sencillo. Puesto que usted sabe ya que Monteblanco se decide á abandonar las delicias de Paphos para descender alegremente por el rio de la vida conyugal, necesita recoger sus cartas.

COND. ¿Qué cartas?

LEON. Aquellas cartas... ya sabe usted, las que le ha escrito á usted. Cuando se liquida no debe uno dejar ninguna cuenta pendiente: y como mi amigo vá á liquidar...

COND. Caballero, repito á usted que no comprendo... (¡Es él,

si, el mismo. Solamente que tiene un modo de hablar tan!...)

Leon. Pues, señor, mas claro, puesto que usted lo exige, Herminia.

Cond. ¿Eh?

Leon. ¿No se llama usted Herminia? Es igual. Monteblanco ha escrito á usted tres cartas. Bueno: aqui tiene usted cuatro que le propongo en cambio. ¿No le gustan á usted los autógrafos del cajero del Banco?

Cond. (Se levanta.) Caballero, ¿á quién cree usted hablar?

Leon. ¡Diablo! Es bien claro, á la señorita Sopranini, comprimaria jubilada del Teatro Real, calle del Piamonte, al lado de la botica, piso segundo, etc., etc.—Me parece que no tiene duda...

Cond. (Riendo.) ¡Ah!... ¿Con que?... (¡Es chistoso el lance: no hace un cuarto de hora que hubiese dado la mitad de mi fortuna por verme trasformada en comprimaria, y hé aqui que consigo gratis mi deseo! ¿Pero este hombre, qué tiene que ver?...)

Leon. ¿Reflexiona usted, eh?

Cond. (Vamos, ya comprendo su desenfado; cree hablar á la otra y... ¡Oh, es chistoso!)

Leon. ¡Hola, se rie usted, Niseta!

Cond. ¿Cómo?

Leon. ¡Qué! ¿No se llama usted Niseta? (¡Hombre, qué dientes tan lindos! ¡Si andará aqui la mano de Nogués!...).

Cond. ¿Con que es decir, que Monteblanco le ha comisionado á usted para recoger esas cartas, y usted viene aqui...

Leon. Á ejercer el libre cambio. *Cette est orai.* Carolina: usted se debe llamar Carolina, por fuerza. La comision exigia tacto, delicadeza y cierto misterio...

Cond. Si, si: ya he visto que no podia haber escogido mejor... •

Leon. Con que asi, vá usted á devolverme las epístolas. ¿No, es verdad, Julieta? (Julieta debe ser... ¡Caramba, qué cabello tan!...)

Cond. Espere usted á que acabe de reir.

Leon. ¡Ríase usted, *cuerpo bueno!*

Cond. (Séria.) ¡Eh, caballero!

Leon. (Apoyándose en el respaldo del sillon de la Condesa.) ¡Bah!... ¿Vamos á tomar ahora la exactitud de Cleopatra ofendida? ¡Cuando vale usted mas pesetas!... ¡Vamos á ver,

mírome usted sérial ¡Uy, qué boquita!! Lo vé usted... (Riéndose.) ¡Jé, jé!...

COND. (Id.) Si, tiene usted razon. (¡La aventura es de lo mas singular!... ¡Já, já!...)

LEON. ¡Jé, jé!... Pero vemos á ver, Amelia. Sériamente. ¿Es mi mision, ó mi persona la que ha producido esa alegria? Con franqueza.

COND. La mision es un poco ridícula.

LEON. ¿Y la persona un mucho, eh?

COND. ¿Eh?

LEON. ¿Eh? ¡Vamos, cómo ha de ser! ¡Ay, Hortensia! ¡No, no se asuste usted; es que suspiro! ¿Y no sabe usted la causa de mi emocion? Pues voy á explicársela. Jamás hubiese creido encontrar en una señora Sopranini tanta gracia, tanta belleza, tanta distincion...

COND. (Con alegria.) ¡Ya! ¿Con que usted me encuentra?...

LEON. ¡Oh, encantadora! Y es posible que ese ostúpido, banquero... no extrañe usted el epíteto: aborrezco á los banqueros; como no tengo dinero para serlo, casi siempre soy punto. Y como ya sabe usted el refran, que do enero á enero el dinero es... Pero, en fin, ¿es posible que ese bípedo bolsista, haya preferido á una Condesa del Romeral...

COND. Qué, ¿usted la conoce?

LEON. ¡Muchísimo! Es decir, en mi vida la he visto. Pero por confidencias de Monteblanco... ya sabe usted que es costumbre confesarse antes de ir al suplicio. Sé que es una especie de caricatura...

COND. ¿Cómo?

LEON. Si no de figura, al menos de carácter, una imaginacion novelesca, siempre enamorada de los imposibles...

COND. (Con enojo.) ¡Con que eso ha dicho!... (Reprimiéndose.) Él, y dígame usted... ¿de seguro usted sabrá lo que contienen las cartas?

LEON. ¿Las cartitas?... ¡Bah! Las necedades ordinarias del diccionario amoroso... ya sabe usted, digo, usted que le tendrá en la uña...

COND. ¿Eh? (¡Este hombre me exalta!) Pero en fin, creo imprudente el escribir asi...

LEON. No, cuando se dá con una persona amable y condescendiente... (Alargando los billetes.)

COND. Vengan... (Tomándolos.)

LEON. ¡*Voila!*... (¡Huy! ¡qué manos!)

COND. ¿Y si yo ahora guardase el todo?

LEON. ¡Hombre! no, eso seria feo, hermosa Justina.

COND. ¿Cómo? ¡já, já!—Caballero, usted tendrá sus cartas; solamente que no puedo entregárselas en el momento; necesito buscarlas.

LEON. ¿Quiere usted que yo la ayude, Estela? Qué ojitos tan... (La Condesa toca la campanilla.) Decididamente ese bárbaro de banquero hace mal en preferir...)

ESCENA VI.

DICHOS, LUISA.

COND. (A Leoncio.) ¿Usted me permite?... (¡Já, já! ¡qué original!)

LEON. ¡*Sans cumpliments! ¡Sans facon! ¡Sans ceremonie!* Al bebedor panzudo. (Contando y mirando los cuadros.)

COND. Escucha, Luisa; este caballero se ha engañado; cree hallarse en casa de la comprimaria.

LUISA. ¡Ah! pues... pues voy á decirle...

COND. No, escucha. Toma estos billetes de banco, tú eres diestra; vas á subir al cuarto de la cantante, y... (Le habla al oido.)

LEON. ¡Caramba! ¡Es que es linda esta mujer! Lástima que... El caso es que si yo pudiese insinuarme, ahora que mi amigo deja el campo libre... Conmigo no la habia de faltar... un disgusto por semana lo menos.

COND. (Á Luisa.) ¿Me has comprendido?

LUISA. Perfectamente. (Váse.)

ESCENA VII.

La CONDESA, LEONCIO.

COND. Pronto devolveré á usted su libertad.

LEON. Al lado de usted, monísima, soy partidario de la esclavitud; execro á los cruceros ingleses.

COND. ¡Esa es mucha galanteria!

LEON. ¡Cá! si eso no vale nada. Y voy á dar á usted otra prueba ofreciéndole este par de pendientes.

COND. ¿Á mí?

LEON. Á usted.—Monteblanco me ha dicho: Si la chiquilla duda en entregarte las cartas, la ofreces inmediatamente estos pendientes de brillantes. Con que aunque usted no ha dudado, yo le diré que le dió á usted un ataque de nervios... y... ¿Eh? ¿Ofelia?... ¿Es Ofelia su nombre de usted?

COND. (Riendo.) No.

LEON. (Dejando la caja en el velador) Bien, será otro. El mio es bien agradable. Leoncio Campo Revuelto, jefe de tren en el ferro-carril del Mediterráneo, y comerciante de remolacha, no en ensalada, ¿eh? sino para la fabricacion de azúcar: ahora pienso introducir en España esa industria, estableciendo una fábrica en grande de esta sustancia. Asi es que mi posicion me permitirá dentro de poco lanzarme al mundo, no al gran mundo, ¿eh? porque aborrezco las alas de pichon, esas colgando por aqui detrás, y las corbatas blancas, ¡Uf!

CONDE. ¡Como yo!

LEON. No me gusta frecuentar mas reuniones que aquellas en que puedo usar mi talento de todos los dias.

COND. ¡Ya! ¿Usted tiene otro para los domingos!

LEON. Si. Pero no le gasto nunca. Mire usted, Candidita. Soy el hombre mas franco, mas sencillote del mundo cuando me encuentro asi en mi centro. Pero en viéndome entre cruces, bandas y miriñaques fenómenos, se acabó, soy hombre al agua: mi pescuezo se estira, mis piernas flaquean, pierdo toda mi serenidad y buen humor, y se me hacen siete nudos en la punta de la lengua.

COND. (No lo dudo: ya hay con que hacerlos.) ¿Con qué tan tímido?

LEON. Una liebre, Enriqueta... soy una verdadera liebre: pero, amiga, en otro terreno, soy un Artagnan, un monstruo!... muy amable, ¿eh? y muy... asi es que no me dá recelo ninguno el decirla á usted: Adriana, yo te amo, eres la octava maravilla del mundo, si, no dudo en colocarte antes de las pirámides de Egipto.

COND. (¡Demonio de hombre! Voy á verme obligada á decirle quién soy...)

LEON. Si, tú eres mis sueños, mi felicidad, y te pido la mano.

COND. Mi mano.

LEON. Si, la izquierda.

COND. Pero, caballero, repórtese usted; ese modo de hablar...
LEON. Bien: yo la amo á usted...
COND. ¿Y eso es de veras?
LEON. ¡*Wery wel*! Concédame ustod su mano, y el contrato está firmado.
COND. Caballero, ¡cómo!
LEON. Si. Esa mano que tanto adoro. (La besa la mano.)

ESCENA VIII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. (Entrando) ¡Calla!
COND. ¡Qué audacia! ¡Dios mio!! Caballero, salga usted.
LEON. ¡Ah! ¿Estamos enfadados? ¡Bah! cualquiera creeria que la injuria era tan...
LUISA. Aquí estan las cartas. (Á la Condesa.)
COND. Entrégaselas á ese caballero. ¡Oh! ¡estoy furiosa!
LUISA. Si, lo que usted ha hecho es atroz. (Dándole las cartas.)
LEON. (Con naturalidad.) ¡Pero si no la he hecho daño ninguno!
COND. Luisa, acompaña á...
LEON. (Interrumpiéndola) Este caballero. ¡La frase de cajon! (Saludando.) Beso á usted los pies, señora.
(Acercándose á ella y con familiaridad.) ¿Con que, Pascualita, de veras quedamos enfadados?
COND. ¡Hu!! (Váse.)

ESCENA IX.

LUISA, LEONCIO.

LUISA. ¡Buena la ha hecho usted!
LEON. ¿Por qué? ¿Porque la he dado un beso en la mano? ¡Bah! Pues hombre, no parece sino que es un delito...
LUISA. ¡Ave María purísima! Este hombre está loco... ¿Pero quién cree usted que es mi señora? Toda una Condesa de Romeral.
LEON. (Dejando caer el sombrero.) ¡Qué has dicho! La Condesa... ¡ay! yo me pongo malo. La Condesa...
LUISA. Del Romeral, si señor.
LEON. ¡La futura de Monteblanco!
LUISA. Precisamente.
LEON. ¡Dáme un cordel, anda!... ¡Qué he hecho yo, Dios mio!

LUISA. Una burrada muy gorda. Ese es mi parecer. La porsona que usted buscaba vive en el piso encima de este.
LEON. ¿La señora Sopranini?
LUISA. Arriba. Ha tomado usted el rábano por las hojas.
LEON. Si hubiera sido el rábano siquiera... En bonito lio he metido ahora á mi amigo. ¡Me he portado en el encargo!
COND. (Dentro.) ¡Luisa!
LUISA. ¡Ay! ¡La señora! ¡Váyase usted pronto!
LEON. ¡No! ¡Yo necesito obtener mi perdon! Yo necesito...
LUISA. ¡Que sale!
LEON. ¡Mejor!

ESCENA X.

DICHOS, la CONDESA.

LUISA. Yo me escapo. (Váse.)
COND. Luisa, Luisa... ¡Cómo! ¿usted aqui todavia?
LEON. Señora... un deber imperioso... quisiera que tuviese usted la bondad... de permitirme...
COND. ¿El qué?
LEON. Nada... Voy á tirarme por ese balcon dentro do breves momentos: pero antes quisiera, señora Condesa... que se dignase usted... Yo he sido un cafre, señora; la he ofendido á usted cruelmente... si, si, he tenido el honor de ofender á usted... digo, no, el honor... ¡no sé lo que me pesco!
COND. Su amigo de usted, ¿le ha encargado de alguna nueva comision?
LEON. No, me ocupo poco de él... tengo el honor de ocuparme poco de la... (¡pues estoy fresco!) ¡Ah!
COND. (¡Vaya, suspira! ¡Qué turbado está el pobrecillo!)
LEON. ¡Lo sé todo, señora! Y... y tengo el honor de hallarme debajo de siete estados... ¡Ay, si fuese verdad!
COND. (Con alegria.) ¡Ah! con que sabe usted,..
LEON. Venir á casa de una señora Condesa, á tratarla... Vaya, crea usted que jamás, no, jamás me haré el honor de perdonarme! ¡Estoy humillado... confundido! ¡Bonita opinion habrá usted formado de mí! ¡Ah!
COND. (¡Me dá pena de verle tan cortado!)
LEON. Condesa, tengo el honor de... de...
COND. (No, pero mi dignidad de mujer no permite perdonar...

¡se vá á marchar, y adios ilusiones!!)

LEON. (Retirándose.) Beso á usted... ¡Ah! (Vase.)

ESCENA XI.

CONDESA, LUISA que sale.

COND. (Mirándole marchar.) ¡Se vá!! El caso es que bien mirado, yo debia haberle perdonado, que al fin el pobre no sabia con quién hablaba, y... ¡Ah! Luisa, ¿se marchó?

LUISA. Si, señora.

COND. ¡Pobrecillo!

LUISA. ¿Le compadece usia? Señora...

COND. Si es que tú no sabes... y luego él no me ha ofendido; creia hablar con la vecina y...

LUISA. Que me ha entregado las cartas sin el menor reparo, á cambio por supuesto...

COND. ¿Y no las has leido?

LUISA. ¡Oh! no señora. Ya sabe usia mi discrecion.

COND. ¡Y en verdad, que ahora que reflexiono en la conducta del señor de Monteblanco, y á fé á fé que no me parece la mas digna! Solo siento que esas cartas no esten aun en mi poder para enviárselas yo misma, con otra mia, que en verdad no habria de ser tan dulce. (Suena la campanilla.) Llaman, será él. Házle esperar. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII.

LUISA, LEONCIO.

LEON. ¡Soy yo!

LUISA. ¿Todavia?

LEON. (Paseándose agitado.) ¡Yo, que vengo horrorizado, estupefacto! (¡Era ella, si, ella, mi desconocida, la que habita el piso tercero! y querian suponer...) Avisa á tu señora.

LUISA. ¡Pero caballero!

LEON. (Gritando.) ¡Corre!

LUISA. (Huyendo.) ¡Huy!

LEON. Subia con intencion de arrojarme desde lo alto de la escalera, cuando al llegar al piso tercero veo una señora

que salia. ¡La miro! ¡oh cielo, mi desconocida!... Recuerdo quién me habia dicho que habitaba el piso tercero. ¡Entonces el ángel de mis ilusiones, aquella á quien yo pensaba ofrecer mi mano y el fruto de la remolacha, es una mujer cualquiera! ¡Es una signora Sopranini!... ¡Oh! pero esto no puede ser.—¡Señora! grito:—¡Usted es una infame! ¡Usted me ha vendido! ¡Usted es una sirena engañadora! ¡Huye, sirena engañadora! ¡Huye de mí!... —¡Caballero! usted es un loco ó un majadero;—y usted una... ¡una señora! y ¡paf! me sopla una soberbia guantada, que todavia me escuece, y ¡pif! desaparece.... Una bofetada es un poderoso argumento á veces. El orgullo ofendido suele ejercer rasgos de energía que... Llamo á su puerta, nadie me responde. Bajo al portero y le digo:—Pero ¿cuál es el cuarto de la señora Sopranini?—El segundo, me grita enfáticamente. Subo. El segundo es este. ¿Luego la de la enérgica insinuacion, no es lo que yo me figuraba? ¿Luego entre ama y criada han querido burlarse de mí aqui haciéndome creer?...

ESCENA XIII.

LEONCIO, LA CONDESA.

CONDE. (Distraida) ¡Vaya, no pensemos mas en él. Un hombre casi, casi ridículo! (Sentándose.)

LEON. (Acercándose.) ¿No es verdad, señora?

COND. ¡Ah! ¿Cómo, usted aqui todavia? ¿Se ha propuesto usted ser mi sombra?

LEON. ¡Ridículo! Sin embargo, puedo asegurar á usted, niña, que no soy tanto como parezco.

COND. ¡Caballero, yo no he dicho!...

LEON. Pero lo piensa usted, y en esto sigue la regla de su sexo: no decir casi nunca lo que se piensa. Pero, en fin, señora, usted me ha entregado unas cartas que la devuelvo: tome usted: me queman los dedos, me carbonizan esas cartas... (Dándoselas.)

COND. ¿Eh?

LEON. Si. Luego, mi conciencia me dice: «Campo Revuelto, ¿es posible que tú, por el vil metal?...» Porque ha de saber usted que el feliz éxito de mi embajada debia te-

ner por premio unos treinta mil reales que necesito para una especulacion, y que mi amigo me habia ofrecido prestarme sobre el dote de su futura...

COND. ¡Cómo, esto es indigno! ¡Comerciar así con mil...

LEON. Soy franco. Esa suma aseguraba mi felicidad. Con ella podia ofrecer á los pies de mi amada una posicion que...

COND. ¡Ya! ¿Con que usted tiene una amada?...

LEON. Á quien amo, si, señora. Y con quien usted me ha indispuesto. Usted, señora.

COND. ¡Yo!

LEON. Usted. Ahí tiene usted sus cartas y...

COND. (¡No puedo comprender... de todos modos, estas cartas con un sobre de mi letra... (*Lo hace.*) Así, esto es un rompimiento; pero... (*Tocando la campanilla.*) Al señor de Monteblanco, corriendo y de mi parte. (*Á Luisa que sale.*)

LUISA. Está bien, señora. (*Váse.*)

LEON. ¡Calla! Ella misma le envia las cartas. ¡Ah, verdad es que como ya pescó los cuatro mil reales!...

COND. (Lo que es de aquel necio ya estoy vengada, veamos este.) ¿Con que es decir que estará usted muy ofendido conmigo?

LEON. (Bien mirado, yo no debia desaprovechar...) Escuche usted, Ramoncita: yo tengo motivos graves para estar muy ofendido con usted; pero, en fin, hay ojos que le hacen olvidar á uno los mayores agravios, y los de usted producen en mí ese efecto!

COND. ¡Hola, volvemos á comenzar!

LEON. ¿Usted quiere que la regale un magnífico retrato que me hicieron en casa de Albiñana el otro dia?

COND. ¡Á mí! ¿Para qué?

LEON. Como prenda de reconciliacion y de amor eterno: le colocará usted en su tocador.

COND. ¡Caballero, esto es demasiado!

LEON. ¡Vamos, hermosa María!

COND. ¡Calla; mi nombre...

LEON. ¡Ah, al fin dí con él! ¿Con que usted quiere?...

COND. ¡Vamos, mejor es tomarlo á broma! ¿Pues no me ha dicho usted que tenia una amada?

LEON. Usted, solo usted. ¿Me quiere usted?

COND. Pero, hombre...

LEON. ¡Me tiro por el balcon si usted me dice que no, y grito y me desespero... Marial... ¡Mariquita de mis entrañas!! ¡Maruja!!!

COND. ¡Calle usted! ¡Dios mio, qué escándalo!

LEON. ¿Tomará usted la fotografia?

LEON. Si, hombre, si.

LEON. ¿Y la colocará usted en su cuarto?

COND. No, no, eso no.

LEON. ¡Mariquital ¡Yo te amo! ¡Mariquillal...

COND. ¡Demonio! ¡Calle usted! Si, si...

LEON. ¡Ah! ¡hermosa!

COND. ¡Oh! ¡Concluyamos!

ESCENA XIV.

LEONCIO, la CONDESA, LUISA.

LEON. ¡Marieta! Mari...

LUISA. (Entrando.) ¡Pero este hombre se ha escapado de Leganés!

LEON. ¡Qué intempestiva eres siempre, fámula!

LUISA. El señor de Monteblanco ha entrado en este momento. Le he dado la carta, y aqui tiene usia la respuesta que ha escrito en el gabinete, marchándose sin esperar á mas.

COND. (Lee, despues de romper el sobre, que cae al suelo.) «Señora, »conozco cuán culpable soy, y no me atrevo á esperar »perdon. Solo la suplico me cuente en adelante en el »número de sus mas respetuosos amigos.»

LEON. (Cogiendo del suelo el sobre y leyendo.) ¿Qué dice?... ¡Qué veo!... ¡Señora Condesa del Romeral! ¡Pero esto es una linterna mágica! ¿Quién es usted, señora?

COND. ¿No lo vé usted?

LEON. ¿Pero qué cuarto es este?

LUISA. Principal, encima del entresuelo, y el otro es segundo, pero encima del entresuelo.

LEON. Si, el otro tercero, encima del entre... Debajo de todos quisiera estar yo con entresuelo y todo. Soy un jumento, está visto. De modo que la dichosa señora Soprani vive...

LUISA. En el segundo, encima del...

LEON. Entresuelo, si... ya sé... De modo, que no tiene duda, es ella... la... y esta es la otra... la...

CONDE. ¿Comprende usted al fin en dónde está, y con quién habla?

LEON. Pero, señora, ¿por qué no coge usted unas disciplinas, y me... ¿Con que es decir que no me he contentado con la primera vez, sino que hace dos horas?...

CONDE. Entonces, caballero... no extrañará usted que diga: Luisa, acompaña á...

LEON. Á este caballero... Si, es justo. Pero, señora, debo hacer presente que el portero es el culpable de todo. ¿Porqué no me advirtió?...(¡Flojo puntapié le voy á arrimar!) En fin, señora... Beso á usted... (¡Qué lástima! hubiera yo hecho tan feliz á esta mujer!...) Repito... ¡Ah! No podré nunca esperar que mis cortos...

CONDE. Merecimientos... y... ¡já! ¡já!

LEON. Solo la burla responde á mi...

CONDE. (¡Pobre!) No es usted una persona desconocida para mí, y tal vez me unia á usted alguna simpatia.

LEON. ¿Será cierto?

CONDE. Por esto, le diré á usted: Caballero, esta casa está á su disposicion; si hace usted en lo sucesivo por enmendar sus errores de hoy... veremos... tal vez llegue usted á ser mi amigo...

LEON. ¿Y nada mas?

CONDE. Veremos...

LEON. Entonces...

Alegria, alegria,
feliz Leoncio,
que, gracias al portero,
serás dichoso.
Y esto es tan cierto,
como estamos encima
del entresuelo.
Mas mi dicha completa
será del todo,
si escucho una palmada
del auditorio.

FIN.

